

3. ESE SENCILLO CONSUELO

Era sin duda el peor caso con el que se había encontrado en toda su carrera.

El inspector Gómez dio una calada al cigarro casi consumido, provocando que los tres centímetros de ceniza que pendían del extremo como por arte de magia cayeran sobre el escritorio repleto de papeles desordenados. El inspector Gómez era un hombre descuidadamente obeso. Vestía un traje de lana gris arrugado y una camisa con el cuello oscurecido por la grasa. Tenía una cara mofletuda y abotargada cubierta de irregular barba gris. Sobre su cráneo desnudo varias hebras de pringoso cabello se extendían desde la oreja derecha a la izquierda, tan fuertemente adheridas a la piel por la grasa que en lugar de pelo parecían líneas pintadas con un rotulador.

Sopló suavemente para dispersar la ceniza. Las partículas entablaron una retorcida danza sobre el escritorio, girando frenéticamente en torno a la luz proyectada por la pequeña lámpara de mesa.

Sentado frente a él, Viktor Andropov aguardaba en silencio. Mientras Gómez desplazaba gruesos fajos de expedientes de un punto a otro de su escritorio, la mirada de Viktor se paseó por el pequeño despacho hasta recaer en una fotografía enmarcada y casi oculta tras una montaña de atiborradas carpetas. En la fotografía aparecía una atractiva mujer de mediana edad, ataviada con un traje de fiesta, cogida del brazo de un hombre impecablemente vestido de esmoquin. El hombre mostraba con orgullo una placa conmemorativa en la mano, y ambos sonreían como si de verdad estuviesen convencidos de que aquel feliz instante pudiese durar para siempre.

—Es mi esposa —dijo Gómez, siguiendo su mirada—. El que está a su lado, aunque no lo parezca, soy yo —sus labios se torcieron en una mueca de tristeza—. Murió hace cinco años, en un accidente de tráfico.

—Lo lamento mucho.

—Ahora está en un lugar mejor. Algún día, muy pronto, me uniré a ella.

—Ojalá otros pudiéramos encontrar ese sencillo consuelo ante la muerte —dijo Viktor con una voz ronca, apagada.

—Oh, no crea que es tan fácil. Me refiero al asunto del consuelo. A mí no me educaron en la fe católica, ¿sabe? Mis padres eran ateos y republicanos. En mi caso he sufrido el proceso inverso a la mayoría. Cuánto más maduraba, más sentido encontraba a la religión. Hace unos años leí a Santo Tomás y él acabó convenciéndome. Se lo recomiendo, una lectura muy interesante.

—Tal vez, algún día —dijo Viktor sonriendo amistosamente.

Gómez le devolvió la sonrisa de un párroco que reprende a un niño travieso. Viktor se acomodó en su silla y encendió un cigarro. Era tan alto y

robusto que su presencia parecía desbordar el pequeño despacho del inspector. A través de la delgada puerta acristalada les llegaba el sonido de las voces y el trasiego de la comisaría.

—Un buen amigo del ministerio del interior me ha facilitado alguna información sobre usted —dijo Gómez mirándole con atención—. Su pasado es muy interesante. Entre otros cargos, fue subdirector del antiguo KGB. Sin embargo, mi amigo no conocía demasiados detalles sobre su ocupación actual. Tan solo me dio a entender que usted es algo parecido a lo que se conoce coloquialmente como un cazador de nazis. Me habló de fructíferas colaboraciones con el CNI en varias operaciones contra grupos de la ultraderecha...

Viktor asintió con un gesto ambiguo.

—También he pedido referencias sobre usted en Interpol. Su ficha no existe. El FSB ruso tampoco tiene noticias sobre su paradero actual. De lo que deduzco que debe ser usted una especie de agente libre. En mis tiempos lo llamábamos espía. ¿Estoy en lo cierto?

—Solo en parte. Aunque el Mossad y otras agencias financian parcialmente mis operaciones, en realidad puede decirse que me mueven mis propios intereses.

—Disculpe mi curiosidad, ¿pero cuáles son esos intereses?

—Es una larga historia —respondió Viktor, sombrío—. Quizás le baste saber que busco a alguien. Se trata de una mujer. Esa mujer tiene negocios en Europa vinculados con lo que queda del viejo movimiento nazi. De vez en cuando, como pago de la deuda con los países que me financian, ayudo a detener a algunos viejos cabecillas del régimen.

—Comprenda mi recelo, no me gusta compartir información con un desconocido.

—Le aseguro que puede confiar en mí. Sara Slim me avala. Pero supongo que no me ha hecho venir solo para interrogarme sobre mi vida.

—No. En realidad... Necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

Gómez rebuscó entre sus papeles y sacó una carpetilla de plástico. La abrió y la cerró, como si dudara sobre qué hacer a continuación. Finalmente sacó una fotografía y se la mostró a Viktor. En ella se veía el cuerpo desollado de un hombre, atado de pies y manos a una gruesa mesa de roble, en una postura similar a la del cadáver que habían encontrado en el hotel. De no ser por la indescriptible expresión de horror que transmitía su cara, parecería uno de esos muñecos que se utilizan para estudiar los músculos del cuerpo humano.

—Sabía que no sería la última vez que vería una atrocidad semejante —dijo Viktor.

—¿Y qué le hacía a usted pensar eso?

—Están buscando a alguien. Solo pararán cuando lo encuentren.

—¿A quién buscan? Y, lo que es más importante para nosotros: ¿quién le busca?

—Respecto a la primera pregunta, no lo sé. Es probable que ni ellos mismos lo sepan. Y en cuanto a quién está detrás, solo puedo decirle que se trata de una mujer. La misma a la que yo persigo desde hace años.

—No me está siendo de mucha ayuda —resopló Gómez—. Abrió un cajón del escritorio y sacó una botellita plateada y dos vasos metálicos. Vertió un generoso chorro de licor en cada uno.

—Le aseguro que aún no tengo nada que pueda servirle —dijo Viktor—. Pero me gustaría saber más sobre la segunda víctima. Le prometo que en cuanto averigüe algo, usted será el primero en saberlo.

Con una mezcla de avidez y compulsión, Gómez vació el contenido del vaso de un trago y lo volvió a rellenar.

—Apareció muerto en su despacho —dijo señalando a la fotografía—. Era el dueño de un importante bufete de abogados. Tenemos la certeza de que se encontraba solo en el edificio. Se había quedado hasta pasada la medianoche, supuestamente acabando algún trabajo. El guardia de seguridad y las cámaras así lo confirman. Solo recibió una visita. De nuevo una misteriosa mujer.

Gómez clavó sus ojos inquisitivos en Viktor. Esperaba una reacción, pero su rostro era una máscara impenetrable.

—Esta vez las cámaras de seguridad captaron su imagen. Ésta es su foto.

Con deliberada lentitud, Gómez buscó en el portafolios. Viktor, sentado muy tieso en la silla, pareció adquirir de pronto una extraña cualidad pétreo, inmóvil y gris. Gómez puso delante suya la fotografía de una mujer. Era alta y rubia, vestida elegantemente. A pesar de ser de noche lucía unas impenetrables gafas de sol. Al verla, Viktor se relajó visiblemente.

—Así que no es la misma mujer que usted busca —dijo Gómez al observar su reacción. Había un tono de fastidio en su voz.

—No, no es ella —Viktor tomó la fotografía y la estudió detenidamente—. Nunca la había visto en mi vida.

—Hemos confirmado con el recepcionista del hotel que se trata de la misma mujer que visitó a nuestra primera víctima. En una de las paredes dejó idéntica marca, una cruz gamada trazada con sangre. Así que ya sabemos quién es el asesino.

—Pero no tienen ni idea de por dónde empezar a buscar.

Gómez meneó la cabeza.

—La situación es todavía más grave —dijo—. Está desapareciendo gente. Familiares de las víctimas. No logramos encontrar a la esposa y a la hija de este hombre. Su hijo mayor denunció su desaparición.

—¿Y el otro? —preguntó Viktor.

—Divorciado, hacía años que no se veía con su ex—mujer. Ella se encuentra bien. Le hemos puesto protección policial. Pero tenía una amante

que ha desaparecido. Hasta ahora hemos conseguido que no se filtre nada a la prensa, pero en cuanto se sepa lo que está ocurriendo... —Gómez frunció el labio superior mostrando una hilera de dientes amarillos. El gesto le confirió el aspecto de un perro rabioso, uno de esos gordos perros de ancha cabeza, acorralado, rabioso y confundido.

—¿Algo más que pueda ser relevante? —preguntó Viktor.

Gómez ensanchó la expresión de su boca en lo que era un triste intento de sonreír.

—Supongo que alguien trata de volverme loco —dijo—. Este tipo también dejó escrita una nota de suicidio. Un grafólogo ha certificado que la nota es auténtica. Tenía una pistola preparada para volarse los sesos. Supongo que nuestra misteriosa mujer le sorprendió antes.

—Le agradezco enormemente la información —dijo Viktor poniéndose en pie—. Le prometo una vez más que si averiguo algo usted será el primero en saberlo.

Cuando la puerta se cerró, Gómez permaneció inmóvil tras su escritorio durante varios minutos. El teléfono comenzó a sonar, pero no lo descolgó. Sentía que algo semejante a un peso lastraba sus pensamientos hacia un vacío interior. Maldijo para sus adentros y bebió un largo trago de whisky directamente de la botellita plateada. No podía quitarse de encima la inquietante sensación de que algo había cambiado en el aire, en la luz. Era como si una presencia extraña y ponzoñosa lo impregnase todo. Podía sentirlo en el vello del cuerpo, como electricidad estática.

Ciertamente, era el peor caso que le había tocado resolver en toda su carrera, y algo le decía que aquello no había hecho más que empezar.

4. VISITA AL PARAÍSO

Cuando Rob despertó, se sintió sorprendentemente bien. O quizás era que no sentía absolutamente nada, lo cual, en contraposición al sufrimiento que había dejado atrás cuando cayó inconsciente, era como estar en el paraíso. Su cuerpo orbitaba a kilómetros de distancia, desconectado de su mente, que flotaba plácida en un estanque de paz y de quietud.

Eso fue hasta que echó un vistazo a su alrededor. Estuvo a punto de gritar cuando se dio cuenta de que lo que dificultaba sus movimientos era un enjambre de cables adheridos a la cabeza y al pecho, conectados al otro extremo a un Cavo Cañaveral de aparatos rebosantes de nerviosas luces indicadoras. Olía intensamente a alcohol y a desinfectante. Supuso que debía estar amaneciendo porque una luz trémula y vaporosa se filtraba a través de las cortinas de gasa.

¡Mierda, mierda! ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Se arrancó un puñado de cables. Las ventosas le dejaron la piel marcada de círculos morados, como si hubiese sufrido el abrazo de un pulpo gigante. Se bajó de la cama. La habitación y sus diferentes focos de luz dieron vueltas a su alrededor. Ya tendido completamente en el suelo, comprendió que las piernas no le respondían. Una de las máquinas comenzó a pitar con insistencia, como si intentase chivarse de algo.

¡Eh! ¿Y ahora qué he hecho?

La puerta se abrió y aparecieron unos pies calzados con zapatillas blancas que se prolongaban en unos bonitos tobillos enfundados en medias negras. Unas manos sorprendentemente fuertes le alzaron hasta la cama.

—Así que por fin has recobrado el conocimiento —dijo la enfermera después de acomodarle y cubrirle con una fría sábana verde.

¿For fin? Rob trató de bajar el volumen de las alarmas que saltaban en su cabeza. No le dejaban escuchar sus propios pensamientos.

La enfermera se volvió para saludar la llegada de quien a todas luces debía ser el médico de guardia: su rostro tenía una expresión de esforzado interés que a duras penas disimulaba el hastío y el distanciamiento.

—Hola Rob, ¿qué tal te encuentras? —saludó. Tenía una voz amable, pero sus ojos eran fríos y velados.

Rob meditó unos instantes. Se sentía fatal. Se sentía como la persona más imbécil del planeta. Avergonzado, dolido, traicionado. Se sentía como un ridículo bufón dentro de una enorme farsa donde era el último en enterarse de ser el centro de todas las burlas. Pero probablemente no era a eso a lo que se refería el doctor.

—Me siento bien —dijo—. Tengo el cuerpo de cartón, pero por lo demás... —sonrió débilmente.

—Bien, es normal cierto entumecimiento —se limitó a decir el doctor. Le colocó algunos cables. Manipuló con destreza los controles los aparatos—. Ahora no te muevas, voy a tomarte una nueva lectura... Bien, eso es —musitó mientras sus manos apretaban interruptores y giraban controles—. Ya está. Ahora ya podemos quitarte todo eso.

—¿Para qué era?

—Te dieron un buen golpe en la cabeza. Te has pasado un día entero en coma.

—¡Un día entero! —Rob intentó levantarse de nuevo—. ¡Joder! ¡Sí que me dieron fuerte!

—Tranquilo, no debes moverte —el doctor le sujetó por los hombros, obligándole a recostarse—. Nos tuviste preocupados durante un buen tiempo, pero ahora que has despertado, en principio, todo parece ir bien. Hablaremos más tarde, ahora ya pueden pasar tus padres.

—¡Mis padres! ¡Están aquí! ¡Oh, no! ¡Oh, no! —Rob miró a su alrededor con desesperación, buscando un lugar por el que huir de la habitación. Arrojarle por la ventana parecía una buena opción. ¿A qué altura estarían?

La enfermera regresó acompañada de un hombre y una mujer. Los padres de Rob, ambos de una edad que les situaba muy cerca de la jubilación, tenían un aspecto ojeroso y arrugado, los rostros hinchados y lívidos.

—¡Roberto! ¡Hijo mío!

Su madre se abalanzó hacia la cama, agarró la cara de Rob con manos regordetas, le inspeccionó la cara durante unos segundos, estampó dos sonoros besos en sus mejillas y se echó a llorar. Su padre se mantuvo tras ella en silencio, el semblante serio. Se limitó a tomar a su esposa por el brazo, tratando de consolarla. Rob vio en sus caras que habían pasado mala noche, probablemente sentados en algún duro banco de la sala de espera del hospital.

—¡Cómo has podido hacernos esto! —dijo su madre entre sollozos—. ¿Por qué, Rob, por qué? Un chico tan bien educado, tan tranquilo —sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz—. Metido a terrorista. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Qué dirán de nosotros en el pueblo! ¡Qué dirán!

—Mamá, yo solo..., todo era una tontería...

—¡Te vimos en las noticias! ¡Oh, señor! ¡Todo el mundo te vio! Queriendo agredir a ese señor tan serio. ¡Mi hijo! ¿Por qué, Rob, por qué? ¿En qué te hemos fallado?

—Nos has causado un gran disgusto —dijo su padre, mirándole con severidad.

—Lo siento papá, en realidad yo no...

—¡Dios mío, Rob! ¡Puedes ir a la cárcel! ¡Y te lo tendrás bien merecido! ¡Por mezclarte con esos terroristas! ¿Dónde los conociste? ¿Quiénes son? ¡No volverás a esa universidad! ¡Te vuelves con nosotros al pueblo!

—No son terroristas, mamá. Solo un puñado de idiotas que querían armar ruido.

—Tú encima defiéndelos. Ojalá vayan todos a la cárcel. ¡Tú también! ¡Así aprenderías! Te estaría bien empleado. Ay, dios mío, nosotros que te lo hemos dado todo, y así nos pagas. ¿Que te ha faltado hijo mío? ¿En qué hemos fallado?

Rob se hundió bajo las sábanas, sin fuerzas para replicar. Era inútil. Su madre no escucharía otra cosa que sus propios lamentos. Jamás sería capaz de hacerla cambiar su punto de vista, ni aunque escribiese un minucioso tratado de mil páginas explicándoselo. Pero sabía que, con toda seguridad, al cabo de un rato se le pasaría el enfado y lo olvidaría todo. Lo que en realidad le dolía era la mirada de reproche, dura y distante, de su padre. Ellos nunca se habían comunicado demasiado bien, y la forma que su padre tenía de expresar su enfado consistía en aumentar aún más la distancia entre ambos. Rob odiaba que ante cualquier fracaso suyo sus padres se comportasen como si los perjudicados fuesen ellos. *¡Mierda!, scy yo quién está jodido, ¿por qué me hacéis sentir tan culpable?*

El médico carraspeó para llamar su atención. Su madre interrumpió la letanía de lamentos.

—¿Cómo se encuentra mi hijo? —preguntó secándose las lágrimas con una punta del crujiendo pañuelo.

El médico les miró con rostro adusto. Había algo en su expresión, como si mirase desde lo alto de una montaña, que hizo estremecer a Rob.

—Bien —dijo con voz hueca—. Tengo buenas y malas noticias. Lo primero es informarles que el golpe que sufrió su hijo no ha revertido en ninguna lesión preocupante.

¡Malas noticias! ¿Qué malas noticias?

—Tendrá un chichón y un severo dolor de cabeza cuando se pasen los efectos de los calmantes, pero eso es todo. Sin embargo, su hijo ha pasado casi veinticuatro horas en coma. Eso nos hizo estar preocupados al principio.

¡Malas noticias! ¡Maldita sea! ¿For qué le hablas a ellos? Yo scy el paciente. Scy un adulto consciente y responsable de mis actos. ¿For qué no te diriges a mí? Quería levantarse y zarandear al médico por las solapas.

—...un coma ocasionado por un traumatismo de esa clase no suele durar más de un par de horas, cuatro o cinco a lo sumo...

¿Y qué? ¿Qué pasa? ¡Dilo ya maldita sea!

—...así que realizamos algunas pruebas complementarias, entre ellas una resonancia magnética. Y en la resonancia, hemos encontrado algo preocupante.

El médico se giró entonces hacia Rob. Le miró fijamente con ojos inexpresivos que auguraban malas noticias.

—No me andaré con rodeos. Pensamos que tienes ELA. Esas son las siglas con las que se conoce a la esclerosis lateral amiotrófica.

—¿Qué? ¡No puede ser! —quiso gritar pero, además del alma, se le había encogido la voz.

—Lo siento —se lamentó el médico.

—Pero... —dijo su madre sin comprender aún—. ¿Eso es grave?

—Verán, se trata de una enfermedad neuromuscular en la que las células nerviosas que controlan el movimiento de la musculatura gradualmente disminuyen su funcionamiento y mueren, provocando debilidad y atrofia muscular. Eso significa que su hijo puede quedar incapacitado o parálítico. Les seré franco, si la enfermedad evoluciona desfavorablemente, puede llegar a causar la muerte.

—Oh, dios mío —sollozó su madre—. Pero doctor, hay una cura, ¿verdad?

Rob escuchaba mientras se hundía en silenciosa estupefacción. No podían estar hablando de él. *¡Eh, oiga! ¡Se está equivocando! ¿Verdad? Se ha confundido de paciente. El de la esclerosis está en la habitación de al lado. Yo estoy sano, ¿no lo ve? ¡Yo me encuentro perfectamente!*

—Me temo que por ahora no existe ningún tratamiento probado —respondió el doctor—. Algunos fármacos recientes se han mostrado prometedores en la detención de la progresión de la enfermedad. Y, aunque no tenemos nada que la cure completamente, sí existen remedios para combatir el conjunto de síntomas que acompaña a la enfermedad, como son los calambres, la espasticidad, las alteraciones en el sueño o los problemas de salivación...

¡Dios mío! ¿Está hablando de mí? ¡No puede ser! ¿Me voy a convertir en uno de esos vegetales en silla de ruedas? ¡No puede ser, no puede ser! No me puede ocurrir a mí, no puedo tener tan mala suerte. ¡No a mí, no a mí!

—...existen numerosas estrategias muy eficaces para cuando aparecen las alteraciones respiratorias —continuó el médico con tono asépticamente profesional— o cuando surgen problemas relacionados con las secreciones. Los fisioterapeutas, terapeutas ocupacionales y logopedas son los profesionales encargados de asegurar la independencia funcional a través del ejercicio y la utilización de los equipos técnicos oportunos...

Rob dejó de escuchar. No podía seguir escuchando. Era demasiado. Las lágrimas en sus ojos pugnaban por abrirse camino, abrasadoras como perlas de metal líquido. Se esforzó por contenerlas. No quería que le viesen llorar como un niño, no allí, delante del médico y la enfermera.

—...un especialista les contará todos estos detalles, y les guiará a través de todo el proceso que han de seguir. Pero hasta que aparezcan los primeros síntomas, su hijo puede llevar una vida perfectamente normal. —se volvió hacia Rob—. Hoy mismo te daremos el alta. Siento haber tenido que darles esta mala noticia —dijo, y se marchó seguido por la silenciosa enfermera.

Rob se enfrentó a las caras de sus padres. Su madre lagrimeaba mansamente, sin los aspavientos de antes. Su padre tenía la mirada perdida en el vacío, con un brazo rodeando los hombros de su mujer. Lo único que delataba su sufrimiento era el temblor que se había apoderado de su barbilla.

Rob cerró los ojos y dejó que las lágrimas se escurriesen entre los párpados. Aunque ínfimo, el llanto era el único alivio que podía encontrar en aquel momento.

—Te vienes a casa. Te vuelves con nosotros —repetía su madre una y otra vez.

—Ni hablar —negó Rob mientras se abrochaba los botones de la camisa.

Estaba anocheciendo. Después de haber comprobado las lecturas del electroencefalograma en un par de ocasiones a lo largo del día, el médico le dio el alta y le indicó que podía marcharse.

—Tu madre tiene razón —dijo su padre—. No te podemos dejar aquí, solo.

Rob sintió lástima por ellos. Había meditado largamente durante todo el día y, ahora que había tomado la decisión, se sentía extrañamente liberado. Pronto todo acabaría para él. Pero eso no evitaría el sufrimiento de ellos.

—Papá, mamá —dijo mirándolos con fingida docilidad—, mañana tengo algo que hacer aquí. Es algo muy importante para mí. Algo que tengo pendiente desde hace tiempo y que no puedo dejar. Pero el domingo le pediré a Leo me lleve al pueblo. Lo prometo. Podéis ir tranquilos. El domingo estaré allí.

Su madre pareció conformarse con aquello. *¡Bien! Un día es todo lo que necesito.*

Frente al espejo, se peinó el rebelde pelo con los dedos. *Tengo una pinta horrible. Pero pronto eso también dejará de importarme.*

—Mamá —dijo mientras se abrochaba los zapatos con dedos temblorosos—, ¿ha venido alguien a verme mientras estaba inconsciente? ¿No ha preguntado nadie por mí?

—No —respondió su madre—. La enfermera nos hubiera avisado. Nadie.

Rob suspiró. Ainara ni siquiera se había pasado a verle. Ni una llamada. *¡Pues que te aproveche ese gilipollas de Fran!* De pronto sintió ganas de incendiarlo todo, un incontrolable deseo de arrasar el planeta. Pero tuvo que contentarse con darle un flojo puñetazo a la mesita sobre la que languidecía el almuerzo sin tocar.

Salieron casi simultáneamente a la llegada de Leo, que le esperaba estacionado en la entrada del hospital de tal forma que el pequeño Seat Ibiza se las apañaba para ocupar con orgulloso protagonismo la totalidad de la zona reservada a las ambulancias. Las calles tenían un aspecto húmedo y gris de desagüe. Soplaban un fuerte viento que les sacudió las ropas y el pelo como si descendiesen por una montaña rusa a toda velocidad. Rob se despidió de sus padres, a los que tuvo que prometer por enésima vez que el domingo regresaría a casa. Se metió en el coche mientras su madre rompía a llorar.

—¡Tío! ¿Pero que coño te ha pasado? —preguntó Leo—. ¿Por qué lloraba tu madre?

—Oye, ¿llevas la botella de whisky?

—Claro, hoy es viernes. Está en la guantera.

Rob abrió la portezuela y sacó una botella de recio cristal verde oscuro. Le dio un largo trago, ávido como el primer biberón de un recién nacido. El líquido descendió abrasador por su garganta y cayó en el estómago como una bola de plomo hirviente, pero ni siquiera se inmutó. Gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas. Se limpió con el dorso de la mano un reguero de licor que le chorreaba por la barbilla y comenzó a relatar lo sucedido en la universidad, la protesta estudiantil, el golpe. Luego le explicó la parte más dura.

—¿El ELA? ¡Joder tío! ¿Seguro? —Leo miró a Rob atentamente, como si quisiera descubrir los síntomas, mientras controlaba la carretera con el rabillo del ojo—. ¿Eso no es lo que tiene ese científico? El de los agujeros negros y todo eso...

—Sí —asintió Rob lacónico—. Ese mismo.

—Bueno tío. Podría ser peor. Quiero decir, ese tío lleva así un montón de tiempo y aún no se ha muerto. Fíjate, incluso se casó con su enfermera.

—Sí, es un consuelo.

No quiero acabar en una silla de ruedas, convertido en un manojo retorcido de músculos babeantes. No, en absoluto. Fondré fin a esto.

Aunque había tomado la decisión hacía varias horas, fue entonces, bajo los liberadores efectos del alcohol, cuando tomó plena conciencia de lo que iba a hacer. No veía más salida que el suicidio. ¿Qué sentido tenía continuar? Ya se había desvelado el final de aquella lamentable historia que era —que había sido— su vida: un final dramáticamente prematuro. En realidad, no era la muerte lo que le asustaba. Lo que le causaba pánico era vivir luchando contra la maldita enfermedad. Ser consciente todas y cada una de las condenadas horas del día de que te estás muriendo, de que tu cuerpo se deteriora a la velocidad de la luz. Saber que un día te despertarás para descubrir que ya no puedes salir de la cama por tí mismo, que ya no puedes mear sin ayuda, que necesitas que te vistan y que te den de comer. Vivir una vida de medicamentos y tratamientos, de sesiones de rehabilitación y visitas constantes al hospital. Una vida falsa, ajena, ausente.

Esa no sería mi vida, sería la vida de la enfermedad.

Dio otro largo y desesperado trago. El zumbido del motor y el aullido del viento descendieron súbitamente de intensidad. La gravedad se aflojó ligeramente.

—Oye, ¿a dónde vamos? —preguntó viendo que tomaban una carretera de las afueras.

—Al Paraíso. Hoy es viernes. Tengo cita con Linda.

—Déjame antes en mi casa.

—Ni hablar. No voy a dejarte solo. Mírate. Estás hundido. Lo que tienes que hacer es emborracharte y echar un polvo.

Lo que realmente necesito es un milagro médico. For dios, ¿qué están haciendo todos esos científicos? ¿For qué no encuentran una cura de una maldita vez? Rob los imaginó trabajando relajadamente en sus laboratorios, de ocho a seis, sin ninguna sensación de urgencia, realizando sus experimentos, publicando sus resultados, dándose palmaditas en la espalda por lo bien que habían conseguido controlar el avance de la esclerosis en una puñetera rata de laboratorio. *¿For dios, por qué no se daban más prisa?* Era su vida la que estaba a punto de acabarse, maldita sea.

Leo detuvo el coche junto a una larga hilera de enormes camiones que descansaban solemnes, como naves espaciales recién llegadas de algún planeta remoto, en la explanada que hacía las veces de aparcamiento del Club Paraíso. En lo alto del edificio con aspecto de almacén parpadeaba el cartel con las palabras Club y Paraíso en letras de neón, bien visible desde la carretera, cada letra brillando en un color diferente.

—Pásame la botella —pidió Leo. Rebuscó en el bolsillo de la cazadora y sacó un frasquito de plástico transparente. Extendió la palma de la mano y vertió un puñado de pequeñas pastillas de colores—. ¿Quieres una? —ofreció.

—¿Si me trago el bote entero, acabarán conmigo? —preguntó Rob mirando esperanzado las diminutas píldoras.

—No creo, pero te mandará tan lejos que a lo mejor no encuentras el camino de vuelta.

—Ya. Entonces paso.

—Venga, hombre —le animó Leo—. Solo una. Pasarás un rato en el paraíso. Lo necesitas.

O en el infierno, se dijo con pesimismo. La única vez que se había atrevido a tomar drogas se había pasado la ajetreada noche convencido de que todos los que le rodeaban habían muerto y que se encontraban atrapados en un metafísico bucle sin salida: una suerte de limbo que le obligaba a permanecer en movimiento hasta redimirse de sus pecados. Al amanecer se había despertado hecho un ovillo en la puerta de la discoteca, completamente agotado. En su estado actual no se atrevía a imaginar la paranoia existencial que podría estar acechando en su mente, esperando que algo recorriese el cerrojo.

Leo se metió dos pastillas rojas y una azul en la boca. Bebió un trago de whisky, cerró los ojos e inspiró profundamente, como si se preparase para zambullirse. En otros tiempos Leo había sido un voraz consumidor de drogas. Era la única forma de soportar las largas travesías marítimas: los angostos camarotes compartidos con docenas de sudorosos marineros, la agorafobia del océano infinito, la disciplina y el trabajo agotador, las noches de juer-ga al recalar en puerto... Pero ahora estaba limpio. Ya no consumía. Solo el

habitual porro al levantarse y acostarse, con el desayuno y después de cada comida, más una raya de cocaína para aguantar las largas guardias, más unos cuantos éxtasis el fin de semana y, por supuesto, de nuevo algo de cocaína el lunes por la mañana, para superar la resaca del fin de semana. Y eso era todo.

Un camión maniobró frente a ellos, deslumbrándoles durante un instante con los potentes faros. Rob apuró el contenido de la botella y la arrojó por la ventanilla. A lo lejos parpadeó un relámpago, iluminando brevemente la siniestra masa de árboles que se extendía a ambos lados de la carretera. Se quedó contemplando la oscuridad que parecía haberse tragado el mundo para siempre. Pensó que jamás volvería a ver la luz del sol.

—En marcha —dijo Leo—. Linda me espera.

¿Y a mí, qué me espera? se preguntó Rob.

5. A LA DISTANCIA QUE SEPARA UN LATIDO DEL SILENCIO

Viktor, que ya no experimentaba el paso del tiempo, sintió un leve pero profundo movimiento en su interior al sacar el teléfono. Dos placas tectónicas acomodándose entre sí: una, el Tiempo, con toda su inmensidad e imparable avance; la otra, él mismo. Aquel ajuste era necesario en ciertos momentos para no quedar estancado, para no quedar aislado como un viejo fósil. En algún momento del pasado el mundo había perdido para él su vector de empuje hacia el futuro. El sol se asomaba cada mañana y se desplazaba por el cielo, pero no era más que una sucesión de imágenes estáticas. Los rostros que le rodeaban y sus mutaciones sólo eran máscaras cambiantes. La gente, sus ideas y pensamientos, las emociones que los guiaban, sucedían en otra realidad: la realidad del Tiempo. Él vivía al otro lado de una delgada línea. Una frontera que nadie más podía ver, pero que estaba terriblemente cerca de todos, a la distancia que separa un latido de corazón del silencio.

Marcó un número. Mientras escuchaba pacientemente los tonos de llamada, se agachó para coger una lata de refresco tirada en el suelo y la arrojó contra un puñado de bulliciosas palomas que se apelotonaban en mitad del sucio callejón. Las palomas salieron despavoridas en un torbellino de alas blancas con dirección al tejado más próximo.

—Señor Hoffman, soy Viktor —dijo cuando el tono de llamada fue reemplazado por un entrecortado silencio—. Me gustaría verle.

Durante largos segundos nadie respondió. Una brisa fría correteaba entre las callejuelas empedradas del barrio gótico. El apático sol arrancó un destello en un escaparate cuando el viento cambió la configuración de las nubes que lo tapaban, deslumbrándole durante un instante.

—Ellos andan cerca —dijo de pronto una voz apenas audible. Era la voz de un anciano al que le cuesta respirar.

—Lo sé. Por eso necesito verle.

—Ella también está aquí. Puedo sentirlo. El miedo se le queda a uno grabado en los huesos, como un viejo reuma. Duele cuando ellos están cerca.

—Tiene que ayudarme a encontrarla.

Una risa histérica, cargada de desesperación, salió a borbotones del pequeño auricular.

—Yo no puedo ayudarle en nada. Si ellos me descubrieran...

—Usted ya no debería temerles.

—¡Precisamente porque estoy al borde de la muerte les temo más que nunca! —gritó la voz del anciano—. ¿No lo entiendes? ¡Somos los muertos los que más hemos de temerles!

—Voy hacia su casa. Estaré allí en unos minutos —fue la respuesta de Viktor.

—¡Estúpido! ¿Crees que porque ella está muerta está fuera de su alcance? ¡Si les persigues volverán a hacérselo de nuevo!

Viktor iba a replicar cuando la llamada se cortó. Con grandes zancadas atravesó el mar de palomas que se había asentado de nuevo sobre el empedrado como enormes copos de nieve sucia. Las palomas se hicieron a un lado, indiferentes. Viktor se abrochó los botones del abrigo para protegerse del viento cortante. Se estaba haciendo viejo, pensó, si aquella brisa le hacía temblar los huesos. En su vieja tierra de Siberia, en un día como aquel se hubiera bañado desnudo en el lago Baikal. O tal vez el motivo de sus temblores era otro.

Con más de noventa años, Hoffman era uno de los últimos nazis vivos que había combatido junto a Hitler. Ayudados por la dictadura, después de la guerra, él y otros cientos de dirigentes del régimen nazi se habían refugiado en España con identidades falsas. Hoffman y otros muchos se habían mantenido después en contacto. Algunos de ellos incluso habían impulsado los nuevos movimientos nazis resurgidos en Europa, organizaciones que abogaban por la llegada del cuarto Reich. En el curso de sus investigaciones, años atrás, Viktor había descubierto la verdadera identidad de Hoffman y le había chantajeado con no denunciarlo a cambio de determinada información. Gracias a él había averiguado el paradero de numerosos jefes nazis refugiados en Europa, así como interesante información sobre lo ocurrido en la trastienda de la segunda guerra mundial. A pesar de las reticencias de Hoffman, Viktor siempre había tenido la impresión de que el antiguo militar encontraba cierto consuelo al contarle sus secretos, como si la confesión de sus crímenes le aliviase en parte de la carga que suponían.

Media hora después, Viktor se encontró en una calle tan estrecha que un hombre como él podía tocar ambos lados si estiraba los brazos. Apretó con fuerza el botón del telefonillo. Aguardó unos instantes, pero no hubo respuesta. Empujó la pesada puerta metálica, que se abrió con un gemido. Desde el zaguán en sombras partía una angosta escalera que se perdía en la oscuridad. No había ascensor. Los escalones de madera estaban tan podridos que ascender por ellos era como cruzar un río sobre el tronco de un árbol. Subió hasta el rellano del tercer piso y llamó de nuevo.

Con un extraño presentimiento, empujó la puerta. Estaba abierta. Un olor a pólvora le llegó del interior en penumbra. Se internó por un estrecho pasillo embaldosado con celosías hasta llegar a la oscura pieza que hacía las veces de salón. El piso entero apestaba a humedad, a medicinas y a ese aroma avinagrado que anuncia la muerte.

Encontró el cuerpo de Hoffman echado en un viejo sofá lleno de agujeros. La escopeta descansaba en su regazo. La sangre roja y fresca aún fluía por el suelo desde el orificio en su cabeza. En una esquina había una chimenea cuyas brasas brillaban en la oscuridad como los ojos de un animal noc-

turno. Viktor corrió una gruesa cortina y una luz sucia y pesada se derramó por la habitación a través de los cristales cubiertos de polvo.

Incluso muerto, el rostro de Hoffman seguía teniendo un aspecto sólido y robusto, el mentón prominente, la frente ancha y despejada, unas gruesas cejas ya albinas enmarcaban los azules ojos que parecían contemplar el vacío.

Viktor se inclinó sobre él y le cerró los ojos. Reparó en el cuaderno sobre la mesa del comedor, dejado allí como si el viejo hubiese querido que él lo encontrase después de su muerte. Tomó una silla y se acomodó junto a la mesa. Sacó un cigarrillo y lo encendió lentamente mientras contemplaba pensativo el cadáver del anciano.

Por fin, se decidió a abrir el cuaderno. Debajo de la tapa había un par de hojas dobladas por la mitad. Las puso a un lado y examinó el resto. Estaba repleto de anotaciones manuscritas. Por la letra y el papel amarillento dedujo que eran antiguas. Reconoció fechas y nombres. Parecía un diario con sucesos ocurridos durante la guerra. Pasó las páginas y encontró más datos, nombres y direcciones. En aquel cuaderno estaba anotado el paradero actual de muchos de los jefes nazis desaparecidos tras la guerra. Viktor conocía la mayor parte de aquella información, el propio Hoffman se la había ido revelando con el tiempo. Observó que había hojas arrancadas aquí y allá. El corte en el papel era reciente, como si el viejo se hubiese arrepentido en el último momento de dejar cierta información por escrito.

El final del cuaderno tenía un aspecto diferente: la tinta aún brillaba, la letra apresurada. Viktor leyó:

Para muchos la muerte representa una liberación. Estúpidos. Muertos somos más vulnerables. Buscábamos la inmortalidad, y lo que encontramos fue la condena eterna. Yo también fui una vez un joven lleno de curiosidad. Me fascinaba la historia de nuestra amada Europa. Consumí mi niñez encerrado en la biblioteca de mi padre, leyendo las proezas de los grandes generales, hombres que moldearon nuestro mundo. Julio César, Alejandro, Napoleón. Pero, para mi desgracia, aquella visión infantil cargada de idealismo se fue desvaneciendo con la perspectiva adulta, al igual que la fe religiosa se diluye cuando el adulto la somete a la consideración de la lógica. Antes de la guerra yo era un joven historiador lleno de ambición. Quería desentrañar los mecanismos que mueven la historia, los misterios que hacen que una nación prevalezca, las verdaderas raíces de la cultura. Me especialicé en el periodo de La Revolución francesa, supongo

que por admiración hacia uno de mis ídolos de juventud, el que yo consideraba como el mayor genio militar de la historia. Sin embargo, cuanto más estudiaba la figura de Napoleón y su época, menos comprendía qué era lo que había hecho de él un gran hombre. La Revolución francesa produjo multitud de jóvenes tan ambiciosos, inteligentes, resueltos y poco escrupulosos como aquel hijo de un vulgar abogado corso. Comencé a preguntarme por qué ese joven en particular, de aspecto insignificante, con acento extranjero, sin dinero ni influencia, se las ingenió para abrirse camino en el mundo de tal manera que, después de ganar una batalla tras otra, se convirtió en dictador de Francia y puso a media Europa bajo su dominio. En mi búsqueda de conocimiento entré en contacto con la Sociedad Thule. Allí conocí a nobles aristócratas y militares, hombres cultos provenientes de la burguesía alta. Todos anhelábamos un conocimiento oculto que presentíamos, pero lo que encontramos iba más allá de nuestras más febriles expectativas. Allí fue que intuí por primera vez la presencia de ellos.

Escuchamos cosas extrañas sobre ciertos personajes de la logia, hombres y mujeres que pertenecían a un círculo interno, oculto y secreto. Se decía que practicaban el esoterismo, que elevaban sus conciencias por medio de rituales mágicos, que alcanzaban una percepción de inteligencias malvadas, no humanas, que habitaban el Universo y que, por esos medios, podían llegar a inducir situaciones deseadas, e incluso a predecir el futuro. Yo, por entonces, no lo tomé demasiado en serio. Hasta que la guerra estalló y entonces ellos comenzaron a dejarse ver.

Empezaron a suceder cosas difíciles de explicar. Hitler se comportaba de forma extraña. Había rumores. La mayoría de los que alcanzamos cierto rango dentro de la jerarquía nazi no éramos ni ingenuos mitómanos, ni creíamos en la existencia de una conspiración judeo-masónico-comunista. El mismo Goebbels reconoció que el problema judío era diferente y más complicado de lo que solía creerse. Algunos sectores de las SS ironizaban sobre la puerilidad de los argumentos antisemitas de la propaganda del régimen. En una organización de élite como las SS, compuesta por gentes brillantes, la simplicidad de la teoría conspiratoria anti-semita era poco menos que in-

creíble. Podíamos aceptar que la historia de la humanidad era la historia de los conflictos raciales, podíamos aceptar que la raza aria indogermánica fuese una raza superior a las demás y que, por tanto, debía dominar... Aceptábamos incluso que el espíritu judío, como el fñhrer había seřalado en Mi Lucha, era la antñtesis de lo ario. Incluso es posible que entre nuestras filas hubiese antisemitas fanáticos, pero ni eran mayoría, ni copaban la totalidad de los cargos superiores... Nosotros no planeamos un genocidio premeditado. Si lo hubiera sido, probablemente hoy la raza judía se habría extinguido de la faz de la tierra, como los romanos borraron de Etruria hasta el lenguaje. No, el verdadero plan de las SS era otro.

Las siguientes páginas estaban arrancadas. El cuaderno acababa allí. Viktor lo cerró y abrió las hojas sueltas que había encontrado al principio. La primera tenía la apariencia de un antiguo teletipo impreso con letras a máquina. En el encabezado resaltaba un deslucido sello impreso en tinta roja: *Alto Secreto*. Por el contenido, dedujo que se trataba de la descripción de unas coordenadas marítimas. Abrió la segunda hoja. De nuevo la letra de Hoffman. La tinta parecía más antigua.

...la descripción en coordenadas del movimiento de una de las flotas de submarinos alemanes, nuestros temibles U—boats que tanto daño hicieron a las líneas de suministros del Reino Unido. El comunicado nos llegó por mediación de uno de nuestros espías infiltrado en el mando inglés. El documento tiene fecha del 24 de mayo de 1941. Nuestro hombre trata de avisarnos de que los ingleses conocían con total exactitud la posición y el número de naves desplazadas. Algo habitual dentro del espionaje en una guerra. En este caso, nuestro espía tuvo dificultades para hacernos llegar este mensaje. En realidad, fue descubierto y eliminado poco después. El documento llegó a mis manos el día 30 de mayo, tarde, porque los submarinos ya habían sido enviados a su destino, sin posibilidad de desdecir las órdenes. Sin embargo, la decisión de hacia dónde dirigir nuestros esfuerzos y cuántas naves enviar a cada punto solo se tomó un día antes de su partida, el 29. Lo sé porque yo tomé esa decisión. La pregunta es: ¿cómo supieron los aliados hacia dónde irían los submarinos cinco días antes de que yo mismo lo decidiese?

Fue entonces que comprendí que en esta guerra había factores que se me escapaban, a mí y a mis colegas del mando estratégico. Comprendí por qué ciertas órdenes eran indiscutibles. Comprendí por qué la guerra estaba ganada en 1941 y por qué, unos meses después, todo se vino abajo. Comprendí por qué Hitler pasó de ser un estratega infalible a cometer error tras error. Había alguien más detrás de todos nosotros, alguien que tomaba las decisiones. Y también había alguien en el otro lado... alguien que parecía poder anticipar todos nuestros movimientos, un judío que consiguió escapar a pesar de todos nuestros esfuerzos...

El texto acababa allí. Viktor deseó tener algo de beber a mano, pero en aquella habitación no parecía haber nada ni remotamente alcohólico. Reprimió sus ansias encendiendo un nuevo cigarro, que chupó con avidez. Se inclinó sobre las brasas aún calientes de la chimenea. Con la punta de los dedos tiró de un trozo de papel sepultado por las cenizas. Se trataba de los restos de una fotografía en blanco y negro, quemada parcialmente. El grueso papel no había ardido por completo. La imagen mostraba parte de un antiguo palacete rodeado de árboles. Se guardó los restos de la fotografía y el diario en el bolsillo interior de su abrigo.

Se puso en pie con dificultad. La atmósfera de la habitación era pesada, le oprimía el alma. Se sintió de pronto como en el fondo de un pozo, sin aire. Le invadió una debilidad que casi le hizo caer. Su cuerpo se puso rígido, comenzó a sudar y a temblar, tenía frío y calor a la vez. Se sentía vaciado de toda energía, el corazón latía a una velocidad enloquecedora.

Tranquilízate, se dijo, no ocurre nada. Ella no está aquí.

Salió del piso dando tumbos y, por fin, en la calle pudo respirar. El corazón regresó poco a poco a su ritmo habitual.

Nunca se pierde una imagen del miedo, le habían enseñado sus instructores, simplemente se archiva para siempre como un recuerdo vergonzoso. Si no te enfrentas al objeto de tu miedo, será tu compañero constante.

Las palabras de su juventud resonaron en sus oídos. Cuando las escuchó por primera vez, hacía una eternidad, no las había comprendido. El miedo no se aprende con la inteligencia, se graba en el alma. La mayoría de hombres viven cargando sin saberlo su miedo a sus espaldas, manteniendo la mente ocupada en otra cosa, fingiendo que no existe. Viktor sabía que el miedo era la única emoción que había cruzado la frontera con él. Sería su compañero constante hasta el día en que se enfrentase a *ella*.

Y eso ocurrirá, se dijo con determinación, tarde o temprano, ocurrirá.

6. SEXO EN LA SALA DE ESPERA DEL INFIERNO

—¿Sabes una cosa? El Fin del Mundo ocurrirá tan solo dentro de cuatro años. Entiéndeme, no me refiero a que la Tierra explotará ni nada de eso. Más bien será algo así como el fin de la puñetera civilización. Todo empezará el 21 de diciembre de 2012. ¿Por qué sabemos que será en esa fecha? Porque ese día se acaba el calendario maya. ¿Qué te parece? Esos tíos estaban tan seguros de que todo acabaría ese día que tuvieron los huevos de ponerle un punto y final a su calendario. Pero hay más. Lo increíble es que la fecha donde empieza el calendario maya, su año cero por así decir, es anterior en unos 3000 años a su propia época. ¿Comprendes? Lo que nadie se explica es por qué eligieron precisamente ese momento. Un momento clave en la Historia, ya sabes: en Egipto se le ocurre empezar a construir pirámides; en Mesopotamia se inventan la escritura; en América aprenden a cultivar maíz. ¿Entiendes? Estamos hablando de los primeros pasos de la civilización. Antes de aquello los hombres eran un puñado de monos desnudos corriendo asustados de un lado para otro. La pregunta es: ¿por qué todo comenzó entonces y no en otro momento? Y sobre todo: ¿cómo pudieron saberlo esos tipos, los mayas? Nadie lo sabe. Pero si el principio de su calendario coincide con el inicio de la civilización, ¿no te parece una prueba suficiente de que algo pasará cuando se acabe?

Leo hablaba a gritos para hacerse oír por encima de la música. Sentada a su lado, o más bien encima de él, Linda, una de las prostitutas del Club Paraíso, le escuchaba atentamente.

—No entiendo una mierda, cariño —dijo agitando las enormes pestañas postizas que parecían la cola de un pavo—. Para mí el fin del mundo ocurrirá el día que la palme. Y eso que llamas civilización, por mí puede irse al carajo. Seríamos más felices viviendo en los árboles.

—En eso tienes razón —asintió Leo. Y, como para celebrar la coincidencia de sus puntos de vista, le chupó el cuello y le manoseó ávidamente los muslos y pechos.

Rob, por su parte, se encontraba concentrado en la oscuridad del interior de sus párpados, en la esperanza de que todo dejase de dar vueltas a su alrededor. Sentada a su lado, una joven de piel negra como el tizón le miraba con los ojos muy abiertos, desafiantes, como de animal. Rob se topó con el blanco de sus ojos y por un instante creyó ver allí resumida la tragedia de un continente entero. Leo se había empeñado en que tuviese compañía, pero no podía evitar sentirse inquieto al lado de aquella joven de ébano. Se sentía culpable, aunque no estaba seguro de qué.

Huyendo de aquellos ojos dejó vagar la mirada a su alrededor. Fogonazos de rostros fantasmales, chorreantes de lujuria, hombres de miradas lascivas y

mujeres fingiendo deseo, aparecían y desaparecían en la oscuridad, palpitando al ritmo multicolor de los intermitentes focos. Entre todos aquellos rostros, uno llamó su atención.

Era incapaz de recordar por qué, pero la cara le resultaba familiar. Se trataba de un hombre joven, probablemente de su misma edad. Nadie le acompañaba, lo cual era extraño allí dentro, donde las prostitutas revoloteaban alrededor de cada hombre como moscas en torno a un despojo. A pesar de la penumbra saltaba a la vista su aspecto oriental, los ojos rasgados, el cráneo afeitado al cero. Rob habría jurado que no estaba allí la última vez que miró, y también que el tipo le sonreía: le estaba observando fijamente. Tuvo un estremecimiento al notar aquellos ojos clavados en los suyos. Le sobrevino una curiosa sensación de desnudez, como si el extraño pudiese leer directamente los oscuros pensamientos que discurrían por los rincones de su mente. Durante un largo instante no pudo apartar la mirada, cautiva de aquellos ojos rasgados que parecían más viejos que su propietario. Mientras intentaba recordar dónde lo había visto antes, en su mente afloró un extraño sentimiento: lo odiaba. Tuvo la certeza de que ambos eran enemigos mortales. Pero cuando intentó profundizar en la idea, el concepto se hundió en su mente como un lastre en el mar, desapareciendo por completo al cabo de unos segundos.

Rob engulló de un trago lo que le quedaba en su copa y dejó el vaso en la mesa con un fuerte golpe. Sentía unas ganas enormes de ponerse en pie y gritar con todas sus fuerzas. Lo que hizo sin embargo fue levantar la mano para pedir otra copa.

—¿Sabes una cossa? —le dijo a Leo con voz gangosa—, soy un esscritor. Esscribir ess la forma más potente de gritar que conozco. Tu voz puede llegar muy, muy lejos, y llegar a la gente muy, muy adentro —se golpeó violentamente el pecho con el puño.

—Vamos Rob, intenta relajarte, hombre —farfulló Leo. Los ojos le brillaban como si contemplase un incendio. Tenía las pupilas tan dilatadas que parecían a punto de saltarle de los ojos.

—¿Que le pasa a tu amigo? —preguntó Linda, realizando la proeza de hablar sin sacarle la lengua de la oreja.

—Déjale en paz —murmuró Leo, cortante—. Está pasando por un mal momento.

Rob le dio una palmadita en el muslo a la joven a su lado y se hundió en su asiento con el ceño fruncido. Si al menos la cabeza dejase de darle vueltas. Las puñeteras luces parpadeantes le estaban volviendo loco. Su acompañante, obviamente más inexperta que Linda, intentó rodearle torpemente con sus brazos. Aunque la cercanía de toda aquella piel desnuda estaba provocando que su entrepierna monopolizase toda la sangre de su cuerpo, Rob no tenía la menor intención de acostarse con ella. La idea de que la joven lo

haría solo por dinero, o peor aún, obligada por alguna mafia, solo le provocaba el deseo de prender fuego a aquel lugar y bailar sobre sus cenizas.

—¡Rob! ¡Es ella! —exclamó de pronto Leo. Se incorporó deshaciéndose del abrazo de Linda y de su hábil y jugosa lengua.

—¿Qué es quién? —farfulló Rob. Tenía que hacer un esfuerzo titánico para que la lengua hiciese los movimientos adecuados. En la pugna por controlar su cuerpo, el alcohol hacía rato que había ganado la batalla.

—Vera, la nueva. Te dije que merecía la pena —el rostro de Leo se iluminó de entusiasmo—. ¡Ahí la tienes!

Rob se volvió. Una mujer había surgido detrás de una cortina, al fondo del local. Si Rob hubiese estado en condiciones de hablar, se hubiese quedado sin habla. Recordó vagamente que Leo le había hablado de ella al entrar. Aunque Leo siempre exageraba cuando se trataba de mujeres —y de casi todo, en realidad—, Rob pensó que en aquella ocasión se había quedado corto.

La mayoría de los hombres de desentendieron de sus parejas para admirarla a su paso. Si bien aún era joven, se encontraba en ese delicado punto entre la juventud y la madurez en el que una mujer ostenta lo mejor de ambos momentos. Era alta, de curvas voluptuosas. Bajo la falda ridículamente corta asomaban unos largos muslos morenos y torneados. Su escote perfecto, en forma de Y, encarnaba uno de los pocos fenómenos de la naturaleza que un hombre podría contemplar durante horas sin desviar la atención. En su rostro ovalado, enmarcado por mechones plateados, resaltaban unos labios carnosos y sensuales, la nariz pícaro, ligeramente respingona. Llevaba los ojos ocultos tras unas gafas de sol que le otorgaban un toque de misterio. Su figura entera relumbraba con un halo de altivez y sofisticación. Parecía el tipo de mujer que uno imagina casada con un millonario y que espera encontrar en las portadas de las revistas de famosos y en sus sueños, no en aquel tugurio.

Aunque tal vez la parte más irresistible de su atractivo, según el relato de Leo, residía en que no aceptaba ofertas de los febriles clientes del Club. Cada noche aparecía misteriosamente, daba una vuelta por el local y, a veces, en contadas ocasiones, elegía a un hombre con quién acostarse. Los rumores de los que Leo se hacía eco con entusiasmo hablaban de una ninfómana que enloquecía de lujuria a sus amantes. Algunos habituales del Club le tenían verdadero pánico. Otros habían ofrecido auténticas fortunas a cambio de sus favores. Pero no debía ser cuestión de dinero, porque ella los había rechazado a todos.

La mujer avanzó contoneándose entre los reservados como un felino que acecha sigilosamente. Después de rodear varias mesas llegó hasta donde se encontraba Rob. Le miró a través de sus gafas oscuras y arqueó los labios como si se relamiese por dentro. Rob sintió que las tripas se le volvían del revés. Por

algún motivo, tener frente a sí a aquella mujer le hizo pensar en su madre, no en la madre de carne y hueso cuya imagen podía recordar hasta donde la memoria le alcanzaba, sino en una presencia apenas evocada, alguien que había estado a su lado desde antes de que las sensaciones fraguasen en recuerdos, alguien que le abrazaba y le alimentaba y cuya mera proximidad bastaba para disipar el miedo de las sombras y el silencio, un refugio perfecto cuya existencia el paso del tiempo se había encargado de borrar de su mente pero que, ahora se daba cuenta, siempre había echado de menos sin saberlo.

Sin decir una palabra, la mujer extendió la mano hacia él. Rob saltó como un resorte. Su contacto hizo que el corazón se le disparase como un mecanismo enloquecido. Lejana, como en un sueño, escuchó una voz.

—Vamos arriba.

Fue Leo quien habló. Las dos parejas se encaminaron hacia las escaleras, al final de las cuales partía un larguísimo pasillo flanqueado por decenas de puertas. Sin soltarle de la mano, la mujer abrió una de ellas y tiró de Rob hacia el interior.

La habitación, para ser una habitación de puticlub, estaba profusamente amueblada: una enorme cama en forma de corazón, mesita de noche, tocador, dos sillones, una especie de diván, varios taburetes forrados de terciopelo, un lavabo en una esquina y, a su lado, un gigantesco bidé que alguien poco dado a las proporciones hubiese podido confundir con una bañera. Las paredes estaban pintadas de rojo vibrante, alumbradas tenuemente por varios focos a media luz. Rob tuvo la sensación de encontrarse en la lujosa sala de espera de alguna sucursal del infierno.

Junto al lavabo había una segunda puerta interior, la cual se abrió de golpe. En el umbral apareció Leo, desnudo, la enorme barriga colgando como un Buda.

—Todos los cuartos están comunicados entre sí. Dejaré el cerrojo abierto por si luego te apetece cambiar de pareja —dijo guiñándole un ojo.

—¡Ni hablar! —gritó Linda desde la habitación contigua—. ¡Tú eres solo para mí!

Leo se encogió de hombros y cerró la puerta, dejándoles solos. Rob descubrió que temblaba como un niño. La mujer le acarició las mejillas con las manos.

—Tranquilo, no tengas miedo —susurró con una voz dulce y a la vez obscenamente sensual—. Voy a aliviar tu sufrimiento.

Con cada movimiento su cuerpo emanaba un aroma cautivador que no se parecía a ningún perfume que Rob hubiese olido nunca. Sus largos dedos acabados en uñas pintadas de rojo comenzaron a soltarle los botones de la camisa. Luego le abrió el pantalón y le fue despojando de toda la ropa hasta dejarle completamente desnudo. Le empujó suavemente hacia la cama. Como una madre que se ocupase de su bebé recién cambiado, depositó cuidadosos

besos sobre su vientre, en las piernas. Rob se estremeció de placer al sentir el esforzado pene completamente dentro de su boca. Cuando creyó que estaba a punto de correrse, Vera se estiró sobre él y le hizo el amor hasta que eyaculó en un orgasmo tan intenso como una dosis de heroína.

Cuando cesaron los espasmos, Vera se hizo a un lado, la cabeza recostada en su hombro. Extendió una pierna sobre las suyas mientras le acariciaba el pecho con las yemas de los dedos.

—¿Qué clase de criatura eres? —murmuró Rob. La mujer le silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—Ssshhh —suspiró ella—, yo acabaré con tu dolor. Yo calmaré tu sufrimiento.

Rob deseó que fuese cierto. Por unos momentos había saboreado una extraña plenitud, como si hacer el amor con aquella mujer fuese lo único que realmente hubiese anhelado durante toda su vida. El miedo y la angustia se habían esfumado. Podría permanecer a su lado una eternidad y no echaría en falta nada más. *Ojalá se detuviese el tiempo*, pensó, *aquí y ahora*. ¿Pero qué ocurriría cuando se levantase y todos sus problemas cayesen sobre él como una montaña de lodo? No lo soportaría. La idea de quitarse la vida se le antojó con total claridad como la única salida. Un escalofrío le sacudió de arriba abajo.

Como contagiada de la misma descarga, Vera se levantó de un salto. El lejano retumbar de los truenos resonó en las paredes como pasos de un gigante cada vez más próximo. Rob escuchó el tintineo de algo metálico y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, se encontró encadenado por unas esposas al cabezal de la cama.

—¿Eh, qué estás haciendo? ¡No me gustan estos juegos! ¡Suéltame!

Sin decir una palabra, Vera se quitó las gafas de sol. Sus ojos estaban en blanco, dos superficies sin vida, de una opacidad lechosa. Los ojos de un ciego de nacimiento. Rebuscó en el cajón de la cómoda y sacó un cuchillo curvo de unos treinta centímetros de longitud.

—¿Qué vas a hacer con eso? —gritó Rob. Se agitó tratando de zafarse de las ataduras, pero las esposas de metal estaban fuertemente ancladas a la cama.

—Ssshhh, me has buscado durante mucho tiempo, y por fin me has encontrado —respondió la mujer—. Ahora vamos a sufrir juntos.

No había amenaza en su voz, al contrario, el tono era el de alguien que enuncia una promesa maravillosa. Aproximó el cuchillo a su garganta. Una suave mano se posó en su mejilla. El cuchillo tenía un aspecto horriblemente afilado, la hoja brillaba bajo las luces carmesí como si estuviese al rojo vivo.

—¡Dios mío! ¡Estás loca! ¡Leo, Leo! ¡Ayúdame!

Entonces sucedieron varias cosas simultáneamente. Una estampida bramó en sus oídos, como si la tormenta se hubiese materializado dentro del edificio. La puerta de la habitación se abrió de golpe y un hombre apareció

en el umbral. Sostenía una pistola en la mano. Vera soltó un alarido. Rob apenas tuvo tiempo de fijarse en la dura mirada incrustada en el rostro sombrío, porque la pistola que le apuntaba monopolizó toda su atención. El orificio del cañón parecía un diminuto agujero negro dispuesto a tragarse el mundo. De lo que no tuvo la más mínima duda fue de que aquel hombre le iba a matar. *Se acabó*, se dijo, *ahora ya todo da igual*, y esa idea le tranquilizó.

La puerta de la habitación contigua se abrió dando paso a una inquisitiva Linda de mirada interrogante. El pistolero, sorprendido por la presencia a sus espaldas, se giró con un movimiento reflejo y disparó. La cabeza de Linda saltó hacia atrás como si le hubieran dado un mazazo. El hombre se volvió de nuevo hacia ellos. Vera no paraba de gritar como una niña asustada. Rob cerró los ojos. Un segundo disparo le martilleó los tímpanos. Lo siguiente que pasó por su cabeza no fue la esperada bala, sino el sorprendido pensamiento introspectivo: la extrañeza de seguir vivo.

El intruso forcejeaba para librarse de un grueso brazo que le aprisionaba desde atrás, asfixiándole. La pistola cayó al suelo. Leo, desnudo, el rostro enloquecido, desencajado por el esfuerzo, siguió apretando con fuerza hasta que el hombre se derrumbó, inconsciente, o tal vez muerto.

—¿Qué demonios...? —balbuceó, pero las palabras se quedaron enganchadas en su garganta al contemplar la escena a sus pies.

Vera sostenía la cabeza de Linda en su regazo, acunándola como si se tratase de un bebé desconsolado. Sus manos y su cuerpo se empapaban rápidamente de la sangre que fluía con sorprendente persistencia, como si nunca fuera a agotarse.

—¡Suéltame! —gritó Rob histérico.

—¿Pero qué...? —gimió Leo.

—¡Tiene que haber una llave en algún sitio! ¡En esos cajones!

Leo rebuscó en la cómoda, arrojó al suelo faldas, blusas, sujetadores.

—¡Aquí no hay nada!

Escucharon otra detonación proveniente del piso de abajo, gritos, el tumulto del pánico.

—¡Mira en la mesita! —gritó Rob, que tiraba con todas sus fuerzas, retorciéndose sobre la cama como un poseído rociado con agua bendita.

Leo encontró unas llaves diminutas engarzadas en una anilla.

—¡Estate quieto! —chilló mientras sus gruesos dedos luchaban por introducir la llave en la ranura de metal.

Rob, al ser liberado, saltó de la cama como si hubiese estado acostado sobre brasas hirvientes.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Mientras se enfundaba en sus pantalones, Rob se asomó al pasillo para descubrir horrorizado a dos hombres apostados al fondo. Al verle, uno de

ellos gritó algo en un idioma incomprensible pero que sonaba indudablemente amenazador. Rob volvió a sentir la angustiada —y por desgracia ya familiar— sensación de estar atrapado frente a la muerte sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

—¡Vienen! —gritó.

El seco y contundente sonido de dos disparos percutió en sus oídos. Después se hizo el silencio. Espoleado por el miedo, Rob se escondió detrás de Leo como un niño asustado. Alguien entró en la habitación. Llevaba una pistola en la mano.

—Venid conmigo si queréis vivir —dijo el desconocido. Su porte expresaba la confianza y autoridad de un hombre que tiene un propósito y un deseo que cumplir.

Rob reconoció al joven oriental que le había llamado la atención abajo. El extraño saltó por encima del cuerpo de Linda como si evitase un charco, y se metió en la habitación contigua. Agarró a Vera por el brazo obligándola a seguirle.

—¡Venga, será mejor que nos larguemos de aquí! —exclamó Leo.

Siguiendo los pasos del desconocido pasaron al otro cuarto, amueblado de forma mucho más austera. Leo cerró la puerta y corrió el cerrojo con un movimiento frenético. Cada habitación tenía dos puertas: una daba al pasillo exterior y la otra comunicaba con la habitación contigua. El desconocido y Vera ya habían desaparecido. Rob y Leo siguieron sus pasos, cruzando puertas y más puertas. La mayoría de las habitaciones estaban ocupadas por parejas que les miraban pasar con ojos atónitos, hombres que se vestían apresurados, mujeres con el miedo reflejado en sus caras. La última puerta desembocaba en una escalera de incendios adosada al exterior. Descendieron vertiginosamente hasta el suelo.

Estaban en un costado del edificio del Club, junto a una larga fila de camiones y coches estacionados. Llovía con tanta intensidad que las gotas parecían propulsadas por alguna fuerza misteriosa.

—¡Allí están! —gritó alguien.

Varios hombres corrieron hacia ellos. Sonaron disparos muy cerca. Se tiraron al suelo. Los cristales de un coche estallaron lloviendo en mil pedazos sobre sus cabezas.

—¿Por qué nos persiguen? —masculló Rob entre dientes, aunque hubiera podido gritar a pleno pulmón que nadie le habría escuchado. Los disparos, amortiguados por el estruendo del aguacero, sonaban a su alrededor como si alguien incrustase clavos de acero en la chapa de los coches.

Un coche se detuvo derrapando juntó a ellos. El misterioso joven oriental estaba al volante. A su lado yacía la prostituta, Vera, recostada inconsciente en el asiento de copiloto.

—¡Subid, rápido! —les apremió.

Se metieron sin pensarlo dos veces. El coche aceleró con un rugido de motor, los neumáticos resbalando en la grava. La tormenta, lejos de suavizar-

se, había ganado en intensidad. Los rayos se perfilaban en el horizonte iluminando brevemente la cadena de montañas circundante. Los esforzados limpiaparabrisas se movían frenéticos, intentando en vano despejar el agua que se acumulaba en el cristal. La carretera era una mancha borrosa al otro lado.

—¡Joder! ¡Esto parece una puta guerra! —gritó Leo—. ¿Qué diablos está pasando?

El misterioso conductor no dijo nada.

—¡Cuidado! ¡Ahí delante! —avisó Rob.

Vieron el camión atravesado en mitad de la calzada cuando ya lo tenían encima. El desconocido dio un volantazo en el último instante. El coche se precipitó por la cuneta y cayó por un terraplén. Rob sintió cómo el mundo se comprimía a su alrededor. Todo daba vueltas. La crujiente chapa gemía y le golpeaba en la cabeza. Era como estar en el interior de una centrifugadora.

Después de un tiempo indeterminado, todo se quedó muy quieto. Se escuchaba un silbido de vapor, semejante a una olla a presión. Rob sentía un dolor agudo en la base del cráneo. Algo húmedo y pegajoso le resbalaba por la frente. Por algún motivo pensó en Ainara. Como disparada por un flash, por su mente cruzó una imagen: Ainara a cuatro patas mientras Fran la penetraba por detrás. Intentó mirar a su alrededor, pero todo estaba oscuro. O tal vez era que sus ojos permanecían cerrados. No tenía forma de saberlo. No sentía nada. Había perdido el contacto con su cuerpo. Se imaginó a sí mismo como un cerebro flotando en un viscoso líquido dentro de un frasco. Su mente, como una pequeña vela sin cera, se fue apagando poco a poco, hasta sumergirse en las tinieblas.

7. MÁS DE LO QUE SUS NERVIOS PODRÍAN SOPORTAR

Media docena de coches patrulla y ambulancias se congregaban en la entrada del Club Paraíso. La lluvia amenazaba con desgastar el mundo, arrastrar el color, diluir las formas. Acabar con la paciencia de todos. Las oscilantes luces rojas de los vehículos se alternaban con los rayos de la tormenta como única iluminación del trasiego de policías y enfermeros. El teniente Alcaraz, malhumorado y calado hasta los huesos, salió al encuentro del inspector Gómez.

—¡Jefe! —saludó, gritando para hacerse escuchar por encima del estruendo de la lluvia.

—Póngame al día —fue la respuesta de Gómez mientras caminaba hacia el interior con los hombros alzados y la cabeza inclinada, en un gesto inútil por evitar mojarse.

—Ha sido una auténtica masacre —informó Alcaraz—. Tenemos ocho fiambres abajo, y tres más arriba.

—¿Quiénes son?

—Cuatro de ellos matones a sueldo. Contratados por el propietario para proteger a las chicas, ya sabe. También se han cargado a una de las putas y a tres clientes. Los otros tres son asaltantes.

Gómez respiró hondo. El interior del local tenía el aspecto de haber sido arrasado por un huracán, el suelo cubierto de cristales, mesas y sillas volcadas, cuerpos de hombres tendidos aquí y allá. Se agachó para inspeccionar uno de los cadáveres que yacía sobre un charco de sangre.

Era un hombre de raza negra, corpulento, vestido con pantalones y cazadora de cuero. Tenía un aspecto indudablemente peligroso, la cara salpicada de cicatrices, la cabeza afeitada cubierta de intrincados tatuajes, símbolos y runas que recordaban a un mural azteca.

—Es uno de los asaltantes —explicó Alcaraz.

—Fíjate en esto —Gómez señaló a un punto en el cuello donde tenía tatuada una esvástica nazi.

—¿Cree que...? —preguntó Alcaraz.

—No lo sé. Estos tipos se tatúan cualquier cosa en el cuerpo sin tener ni idea de lo que significa —Gómez tiró del cuello del jersey. El dibujo del tatuaje se prolongaba desde la base del cráneo hacia abajo.

—Ayúdame —pidió Gómez.

Entre ambos le quitaron la chaqueta y el jersey. La visión de aquel torso desnudo les horrorizó. Los tatuajes se extendían por todo el cuerpo: una enorme cabeza de demonio —las fauces abiertas mostrando unos dientes afilados y sangrientos— ocupaba todo el pecho. Pero lo que impresionó a los dos policías fueron las cicatrices. Huellas de heri-

das terribles, largos cortes profundos que cruzaban el torso y la espalda rodeados de otras marcas más cortas e incisivas, como las que produciría algún tipo de látigo de espinas. Algunas heridas eran antiguas. Otras parecían recientes, aún supuraban sangre y pus.

—¡Joder! —gimió Alcaraz—. ¿Qué clase de sádico le habrá hecho esto?

Subieron a la planta de arriba. En el pasillo inspeccionaron los cadáveres de los otros dos asaltantes. Descubrieron que también tenían el cuerpo tatuado y cubierto de heridas similares. Después fueron hasta la habitación donde se encontraba la prostituta muerta. Tapada con una sábana, tan solo se podía ver su cabeza rodeada de un charco de sangre roja que resaltaba aún más la palidez de su rostro sin vida.

—¿Sabemos algo de la mujer desaparecida? —preguntó Gómez mientras inspeccionaba la habitación.

—Hay mucha confusión. Algunos testigos dicen que uno de los asaltantes se la llevó por la fuerza —explicó Alcaraz—. Parece ser que estaba con un cliente en esta misma habitación. Estamos tratando de identificarle para interrogarlo.

Gómez paseó alrededor de la estancia, observando las paredes desnudas. Se detuvo junto a un par de focos alógenos.

—Si no me equivoco, pronto sabremos qué es lo que ha ocurrido aquí esta noche —anunció—. Ahora me gustaría tener una charla con el dueño de este tugurio. Hazle venir, por favor.

Alcaraz dio unas instrucciones por radio. Al cabo de un minuto dos policías uniformados entraron sujetando a un hombre por los brazos.

—Este es André —dijo Alcaraz mirando con hostilidad al recién llegado.

André era un hombre de mediana edad en cuyo rostro cuarteado destacaban unos ojos saltones, globulosos y enrojecidos. Una barba irregular y una nariz ganchuda le conferían un aspecto desagradable y desaliñado: un sucio pirata del siglo veintiuno.

—Muy bien señor André —dijo Gómez—. ¿Alguna idea sobre quiénes eran los hombres que asaltaron su local?

El dueño del burdel se encogió de hombros.

—No señor —contestó con un inconfundible acento italiano—. Nunca había visto a tipos semejantes por aquí, si usted me entiende —enseñó los dientes en una sonrisa de comadreja.

—¿Tiene algún tipo de problema con las mafias? ¿Debe dinero? ¿Ha recibido amenazas últimamente?

André respondió a cada pregunta con insistentes y repetidos movimientos de cabeza.

—Espero que sea consciente, señor André, de que si sospechamos que nos oculta algo le arrestaremos y le interrogaremos en comisaría, y le aseguro que allí no seré tan amable.

—Le digo la verdad —masculló el hombre, sin dar muestras de sentirse intimidado—. No tengo ninguna cuenta pendiente con nadie. Mi local es perfectamente legal. Cumplan con su trabajo lo antes posible y déjeme en paz.

—¿Qué hay de la mujer desaparecida? Háblenos de ella.

—¿Esa? Se llamaba Vera. Llegó hace un par de meses.

—¿Llegó? —intervino Alcaraz.

—Sí, ya sabe, en realidad... —André pareció titubear— Vino con un lote de chicas desde Hungría. Aunque ella, bueno, digamos que alguien la protegía.

—¿Alguien la protegía? —Gómez y Alcaraz intercambiaron una mirada.

—No, no me pregunten quienes. No les conozco directamente. Yo solo tengo tratos con un intermediario que trabaja para ellos. Nos ayuda a gestionar los viajes de las chicas... ya saben.

Gómez sintió un movimiento inusual en la boca del estómago. No se trataba de la familiar úlcera, ni de la demoledora combinación de ácidos y gases que habitualmente burbujeaban en su interior. Era algo diferente, premonitorio. Con un gesto de la barbilla le instó a que continuara.

—Las instrucciones eran que la dejásemos en paz —dijo André—. Ella decidiría si quería trabajar o no. Yo solo tenía que darle alojamiento y vigilar que no desapareciese.

—¿Entonces ella no ejercía como prostituta? —preguntó Gómez.

—En realidad, sí —André vaciló. Sus ojos de sapo recorrieron la habitación—. Ella elegía cuándo y con quién se acostaba. Pasaba casi todo el tiempo encerrada aquí. No era muy sociable. Pero a veces bajaba y se follaba a algún cliente.

—¿Qué quiere decir exactamente con que ella elegía?

—Bueno, normalmente los clientes deciden con qué chica quieren pasar un rato. Pero ella, bueno, Vera es una mujer especial. Ningún hombre cuerdo querría negarse a estar con ella. Y no me refiero a algo estrictamente sexual. Desprendía una especie de... aura protectora. Es difícil de explicar —André se encogió de hombros.

—Si ella no trabajaba a menudo —dijo Gómez— supongo que su misterioso protector debía de compensarte económicamente por tu hospitalidad.

—¿Para qué ocultarlo? Me pagaron una fuerte suma de dinero —admitió André—. Pero si llego a imaginar esto —señaló al cadáver en el suelo— nunca habría aceptado.

—Comprendo —dijo Gómez—. Ahora me gustaría ver las grabaciones.

—¿Grabaciones? No entiendo...

Con un movimiento inesperadamente ágil, Gómez agarró a André por el cuello y le lanzó violentamente contra la pared.

—¡Escucha, gilipollas! Deja de jugar conmigo. No soy uno de esos inspectores de sanidad que te puedes quitar de encima con sobornos. Si no colaboras voy a hacer que te arrepientas.

—¡Está bien! Está bien —gimió André, cuyos saltones ojos, como consecuencia de la falta de aire, comenzaban a parecerse peligrosamente a los de un dibujo animado—. Las cintas están en mi despacho. Pero que conste que lo hago por motivos de seguridad. Hoy día uno no sabe qué clase de degenerado puede venir a acostarse con las chicas.

—Claro, uno nunca sabe. ¡Andando! —espetó Alcaraz, dándole un empujón.

André les condujo por una puerta tras la barra. Cruzaron un mugriento almacén en cuyas sombras se adivinaba la efervescente actividad de atestadas colonias de roedores y, a través de un desfiladero de cajas de licores, llegaron a un cuartucho angosto y alargado. El dueño del local rebuscó con avidez entre un montón de cintas que desbordaban una desvencijada estantería metálica. Se giró con una sonrisa torcida mostrando una en la mano. La sonrisa se congeló en su rostro cuando su mirada se cruzó con la de Gómez. Agachó la cabeza y metió la cinta en el reproductor.

En la pantalla de un pequeño televisor apareció la habitación que habían visto en el piso superior. La cámara encuadraba la cama, donde una pareja hacía el amor. Gómez palideció cuando reconoció a la mujer.

—¡Mierda, es ella! —exclamó Alcaraz.

Gómez le instó con un gesto para que callase. Durante varios minutos, los dos policías observaron en silencio hasta que la imagen se quedó inmóvil, la habitación vacía, el cuerpo desnudo de la prostituta muerta tendido sobre un charco de sangre que crecía imperceptiblemente.

—Llévatelo —pidió Gómez.

Alcaraz salió fuera llevándose al dueño del club. A solas, Gómez rebobinó la cinta hasta el momento en que la mujer sacaba el enorme cuchillo curvo. Se había quitado las oscuras gafas: sus ojos en blanco parecían mirar un mundo que estaba más allá del alcance de los demás.

A Gómez no se le pasó por alto el movimiento de sus labios. Detuvo la imagen. Estudió aquel rostro ciego, la superficie lechosa de sus ojos. Había una especie de beatitud mística en su expresión, como si se dispusiera a llevar a cabo el acto más gozoso de su vida. Retrocedió de nuevo hasta el momento en que sacaba el cuchillo. El movimiento de sus labios: repetitivo, como si recitase una plegaria. Subió el sonido del aparato al máximo. Enmascarado por el ruido de estática, se escuchaba un débil murmullo. Inclinado sobre el aparato, la oreja pegada a las pringosas rejillas del altavoz, Gómez trató de interpretar lo que decían aquellos labios. Se diría que se trataba de una misma frase, repetida una y otra vez. No, no era una frase, era una sola palabra. O un nombre. Como si invocase a alguien.

Yog—*Sothoth*.

Desconectó el aparato y se guardó la cinta.

—Te libraste por poco, chaval —musitó, sintiendo un alivio infinito. Contemplar cómo aquel joven era desollado vivo sin duda era más de lo que sus nervios podrían soportar.